

Sexto Programa Filarmónico

Lunes 12-mayo-1980 P.C.13

Desde hace años, al auditorio de los conciertos en el Teatro Municipal se le prometen algunas páginas —bien pocas, por lo demás—, un tanto fuera de los caminos hollados. Pero a la hora de la verdad suelen reemplazarse por partituras conocidas, como buscando el menor esfuerzo de la orquesta (y de aquel público que siemprevé desea volver a oír lo habitual). Así pasó una vez más y espectacularmente con el sexto programa de la temporada filarmónica, que debió haber estrenado la Segunda Misa de Requiem, de Cherubini, y las Sinfonías para instrumentos de viento que Stravinski dedicara, hace 60 años, a la memoria de Debussy. Lo que se escuchó fue Mozart (Sinfonía Linz) y Brahms (Rapsodia para Contralto y la Primera Sinfonía), obras admirables, sin lugar a dudas, aunque en estas circunstancias simbolizan un inmovilismo que es forzoso vencer.

El joven director Max Valdés, de sólida formación y conceptos definidos de cada obra, interpretó la sinfonía de Mozart con fluidez y un enfoque muy clásico. El Poco Adagio sufrió —más que los otros movimientos— por un primer fogón de escasa adaptación y una serie de diminutas impurezas orquestales, particularmente en las entradas. Atractiva fue la versión del menuetto y aquella del triunfante final.

Resultados altamente satis-

factorios se registraron en la Rapsodia op. 33 de Brahms. Un gran acierto artístico fue el clima desconsolado de la introducción sinfónica.

La solista Carmen Luisa Letelier se distinguió por hermesura vocal, claridad fonética y penetración en la índole de los versos de Goethe que inspiraron al compositor. En todas sus intervenciones fue excepcional el desempeño de los hombres del Coro "Ars Viva", impecablemente preparados por Waldo Aránguiz. Valdés condujo la breve creación con batuta precisa y cabal entendimiento estilístico.

Ocasionales desatinaciones, que conspiraban contra la pulcritud de la textura, hicieron a veces incómoda la sonoridad en los dos movimientos iniciales de la Sinfonía Opus 68. Hubo fallas menores, entre ellas la inseguridad pasajera del primer corno con su flamante instrumento aún insuficiente domesticado.

El director chileno supo armar la compleja estructura con energía y soberano dominio. Nunca permite que el discurso musical se arrastre lánguidamente, sino que lo anima con espíritu juvenil y ajusta de inmediato cualquiera dislocación. Los pequeños deslices orquestales no cortaron el aliento expresivo, que soplo con intensidad en la cantilena del Andante sostenuto, donde sobresalieron los violines con su estupendo solista Stefan Tertz.

En la segunda mitad de la obra, Valdés y la orquesta entregaron su labor más esmera-

da. Finura exquisita ostentó el maestro al plasmar con delicada intuición los detalles del Poco allegretto. Qué sensibilidad revelaba tan sólo el arco de a dos compases, en el "molto dolce" de los primeros violines. El conjunto municipal completo —que al fin cuenta con un contrafagot— llegó a superarse en el movimiento último. Luminosas las intervenciones de Raúl Silva (corno) y Fernando Harms (flauta) en el Piú Andante. Gran suspense consiguió el director en la armonía del Adagio y el unísono sin discrepancias de los "pizzicati". Se impone en cada instante, logrando un Allegro de pujanza descomunal, que amalgamó a la Filarmónica y electrizó a la concurrencia en un éxtasis común. El torbellino final de la sinfonía suscitó transportes delirantes como pocas veces los hemos presenciado en esta sala.

Federico Heinlein.

AUTORÍA

Heinlein Funcke, Federico, 1912-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Crítica Musical] Sexto Programa Filarmónico [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa